

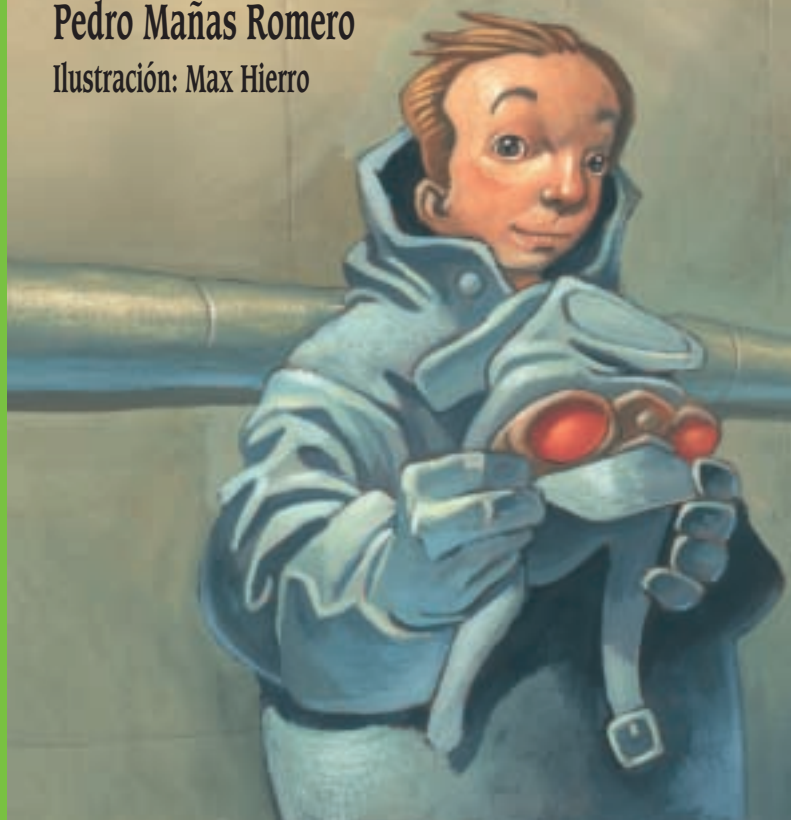


E L D U E N D E V E R D E

KLAUS NOWAK, LIMPIADOR DE ALCANTARILLAS

Pedro Mañas Romero

Ilustración: Max Hierro



ANAYA

*Esta obra obtuvo en 2007 el Primer Premio
del XXVI Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».*



© Del texto: Pedro Mañas Romero, 2008
© De las ilustraciones: Max Hierro, 2008
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2008

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-7718-6
Depósito legal: S. 383/2008

Impreso en Gráficas Varona
Pol. Ind. El Montalvo I, parcela 49
Salamanca
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece penas
de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes
reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Pedro Mañas Romero

KLAUS NOWAK, LIMPIADOR DE ALCANTARILLAS

PRIMER PREMIO DEL
XXVI CONCURSO DE NARRATIVA INFANTIL
«VILA D'IBI» 2007

Ilustración: Max Hierro

Q U E R I D O L E C T O R

Yo vivo en una gran ciudad.
A lo mejor a ti te ocurre lo mismo.
La ciudad donde vivo no es ni muy bonita ni muy fea. Es como un bosque de edificios lleno de coches, de tiendas y de gente. Sobre todo de gente. Uno se cruza cada día con tantas personas que al final tiene la impresión de que no conoce a ninguna.

En mi ciudad pasan muchas cosas, pero casi siempre son las mismas. Yo me preguntaba si todavía habría lugares en la ciudad donde pudieran pasar cosas diferentes, secretas, casi increíbles. Cosas distintas a las que suceden todos los días. Encontré algunos: los teatros, las azoteas, los libros... Un día pisé la tapa de una alcantarilla y me dije: «Ese sí tiene que ser un lugar distinto. Quizá no muy limpio ni luminoso, pero seguro que es distinto». Por eso Klaus, el protagonista de mi cuento, vive allí abajo sus aventuras.

Tú todavía puedes comprenderlo bien. Pero hay que tener cuidado. Un día a uno le crecen las manos

y los pies, y se convierte en una persona mayor. Tiene que preocuparse de recoger el correo, de llevar dinero en la cartera y de echar gasolina al coche, y se va olvidando de que existen otras cosas. Entonces se empeña en convencer a los niños para que hagan lo mismo. En fin... ¡los mayores tampoco tienen la culpa de ser mayores!

Lo que quiero pedirte es que, ahora que estás a tiempo, no dejes de buscar esos lugares extraordinarios. A veces tendrás que crearlos tú mismo. De cualquier modo, cuando los descubras, acuérdate de enseñárselos a los demás.

Espero que este te guste.



1

UNA CUEVA EN EL BARRIO VIEJO

SI os he citado aquí es por un buen motivo. Esta es la Plaza Noftendorf, el corazón de la ciudad. En ella veréis, al menos, dieciocho guardias urbanos, tres líneas de autobús y diez de tranvía. Cuatro bocas de metro. Seis cajas de ahorros, cuatro fuentes y una estatua de un señor a caballo. Ahora mismo no sé deciros por qué le hicieron una estatua, pero seguramente fue porque hizo algo importante (el hombre, no el caballo).

También está el Teatro de la Ópera y, por supuesto, cientos de turistas que vienen a visitarlo cada día. Claro que a estas horas de la noche no queda casi ninguno. En cualquier caso, los vecinos de esta ciudad se sienten orgullosos de la Plaza Noftendorf. Y si preguntáis a alguno de ellos qué es lo primero que debéis visitar aquí, sin duda os responderán: «¡Lo primero, la Plaza Noftendorf!». Es la costumbre.

No sé si habréis visto en la vida una plaza tan grandiosa como esta. Aquí se cruzan las dos avenidas más importantes y anchas de la ciudad: la Avenida de los Fresnos y la Avenida de los Castaños.

La Avenida de los Fresnos cruza la ciudad de Este a Oeste, y la Avenida de los Castaños la cruza de Norte a Sur. Sin embargo, la historia que vais a presenciar no comienza aquí. Nada de eso. Una historia como esta nunca comenzaría en un sitio tan lujoso, tan a la vista de todo el mundo. Pero la Plaza Noftendorf es un buen lugar de encuentro, y no he querido correr el riesgo de que os perdierais por ahí. Las calles de esta ciudad son... caprichosas. Las grandes avenidas, no. Con las grandes avenidas no hay peligro. Marchan rectas durante kilómetros y kilómetros y las recorren diariamente cientos de automóviles, ambulancias, furgones de bomberos, camiones y motocicletas. Nadie se pierde en ellas.

Las callejuelas, sin embargo... No, no, yo de vosotros no me fiaría de ellas. Las callejuelas se divierten haciendo perderse a los viajeros. Se enredan unas con otras y se enroscan como culebras. Se llenan de niebla espesa cuando uno menos se lo espera. Suben de repente hasta alturas absurdas y luego bajan en peligrosa pendiente,

como si estuvieran vivas. Conozco a más de uno que fue a dar un paseo por las callejuelas de esta ciudad y tardó varias horas en salir de allí. Así que sed prudentes, y no me perdáis de vista en cuanto entremos en el Barrio Viejo. Allí es donde tendrán lugar los principales acontecimientos.

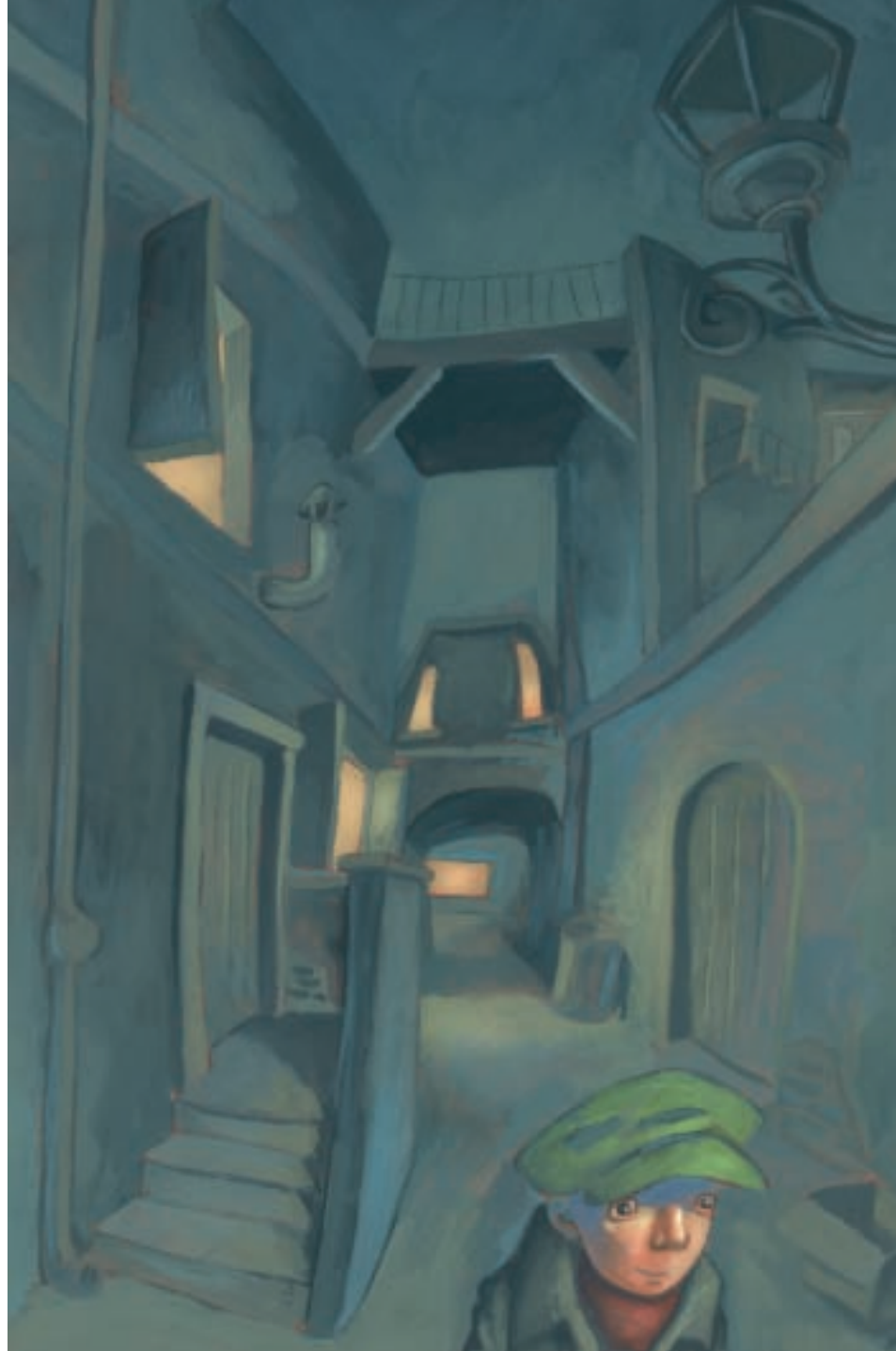
Hay otra razón para haberos citado precisamente aquí. Sé de buena tinta que el protagonista de esta historia cruza la Plaza Noftendorf todos los días. Le esperaremos aquí y después le seguiremos a una distancia prudente. Atravesar la plaza le llevará unos diez minutos, y será entonces cuando... ¡Pero un momento! ¡Ahí llega! Disimulemos. Es aquel que llega por la izquierda, el chaval larguirucho de la gorra verde. Ahora le seguiremos hasta el Barrio Viejo, y mientras, si os parece, os contaré algunas cosas sobre él.

Klaus Nowak, pues así se llama, tiene quince años. Como os decía, cada día cruza esta plaza dos veces. La primera, por la mañana temprano, cuando en la plaza no están más que los barrenderos municipales terminando su trabajo. A esa hora, Klaus se dirige a la Gran Escuela Pública. Allí, además de asistir a clase, tiene derecho a hacer tres comidas y a usar gratuitamente todos los servicios de la escuela, como la biblioteca o la enfermería.

La segunda es cuando regresa por la noche a casa de sus abuelos en el Barrio Viejo. Entonces los barrenderos vuelven a la plaza para dejarla limpia y a punto para el día siguiente. Es decir, que a pesar de vivir en esta gran ciudad llena de gente, Klaus solo conoce a los compañeros de su escuela y a los barrenderos.

Si Klaus sale tan temprano de casa hacia la Gran Escuela Pública es porque el camino hasta allí es muy largo. Prácticamente, tiene que atravesar la ciudad de un extremo a otro. Cada día, sus compañeros le preguntan por qué no toma un autobús para llegar a la escuela. Unas veces, Klaus contesta que le gusta caminar, y otras, que el tráfico de la ciudad está demasiado atascado. En realidad, Klaus no puede tomar un autobús porque no tiene dinero. Ni siquiera para comprar un billete de autobús.

Algunas veces, cuando las cosas van bien, los abuelos de Klaus ahorran algunas monedas y compran un billete de autobús. Entonces lo mantienen en secreto durante varios días, y lo esconden bajo una baldosa suelta del fregadero. Durante ese tiempo están siempre muy nerviosos y se ríen por cualquier cosa. Hasta que un día, cuando no pueden aguantar más, meten el billete en los guantes de Klaus a medianoche, así que él lo en-



cuentra cuando se despierta por la mañana. Entonces los abuelos se levantan, muertos de risa, y desayunan todos juntos café y tostadas con toda tranquilidad. Después acompañan a Klaus a la parada del autobús y le despiden agitando las manos bajo una montaña de abrigos y mantas. Es todo un acontecimiento.

Viven los tres en el primer piso de una casa muy antigua del Barrio Viejo, y allí es donde se dirige ahora Klaus. ¿Veis ese arco de piedra? Se llama Arco Zelig. Ahí acaba la zona elegante y residencial de la ciudad y comienza el laberinto de calles del Barrio Viejo. Como veréis, el barrio está sucio y mal iluminado. Muchas de las farolas se estropearon hace ya tiempo. Los vecinos se quejan a menudo, pero el caso es que nadie viene a arreglarlas.

Aún tenemos que andar un poco más, porque la casa de Klaus está en el centro mismo del barrio. Cuando llueve (cosa que sucede a menudo en esta ciudad), estas calles parecen ríos. Bueno, ya llegamos. Mirad, es aquella de la esquina, la de la verja rota. Es tan vieja que las paredes se han ido deformando y torciendo hacia los lados, de manera que ahora tiene una forma muy rara. Por eso Klaus la llama «la Cueva». Cuando cada noche sale de la escuela, les dice a sus compañeros: «Me vuelvo a la Cueva».

La Cueva tiene una sola habitación y un baño. Es tan pequeña que sus abuelos tienen que ser muy cuidadosos para mantener todos los muebles y objetos en su sitio, encajados como en un rompecabezas. Apenas les queda sitio para moverse. Las sartenes están en el cajón de la mesilla de noche, y los libros se guardan bajo la cama.

El abuelo Konrad es redondo y bajito como un botijo, y lleva unas viejas gafas de pasta. Le gusta la lectura, sobre todo desde que dejó su trabajo como jefe de la estación de ferrocarril. Como apenas hay dinero para comprar lujos, Klaus le trae los periódicos viejos que le dan los vecinos o el conserje de su escuela. Por eso, el abuelo Konrad siempre se entera de las cosas con semanas de retraso, y le cuenta a Klaus las noticias antiguas como si fueran de ayer mismo. Luego vende los periódicos al peso al trapero.

La abuela Katrina, por el contrario, es alta y flaca como su nieto. De joven fue profesora de piano, por eso tiene unos dedos rápidos y ágiles, como las antenas de un insecto. De vez en cuando, canta con su voz cascada moviendo las manos sobre un teclado imaginario. Canta en voz muy alta porque está bastante sorda, pero sigue haciéndolo bien.

Hasta hace poco, el abuelo Konrad y la abuela Katrina se ganaban bien la vida, él pitando la llegada y la salida de los trenes y ella dando clases de piano a domicilio. Pero el abuelo Konrad fue perdiendo la vista y la abuela Katrina fue perdiendo el oído, así que ambos tuvieron que abandonar sus trabajos. Ahora su pensión es pequeña, y apenas llega para pagar el alquiler y comprar comida, ropa y medicinas. A ellos no les importa comer poco, pero Klaus está aún en edad de crecer y debe alimentarse bien, y por este motivo viven con una gran preocupación. Afortunadamente, en el comedor de la Gran Escuela Pública los alumnos reciben gratuitamente el desayuno, la comida y la cena, y Klaus no pasa hambre. Sin embargo, cuando llega por la noche, después de atravesar la ciudad, está tremendamente cansado. Los abuelos ya están en la cama con los ojos bien cerrados, pero Klaus sabe que solo están fingiendo, y que no se dormirán hasta que él se acueste.

Klaus entra a casa con su llave. La cerradura chirría, la puerta cruje, y en alguna esquina suena una gotera. Klaus se pone el pijama en la oscuridad y se tumba sobre el colchón. Se le ocurre pensar que, con un poco de suerte, a lo mejor es mañana cuando sus abuelos le regalarán un billete de autobús. O tal vez la semana que viene. Por las

calles negras del barrio aúllan los perros vagabundos buscando comida. «El domingo que viene cumpla dieciséis años, así que es un buen momento para recibir un regalo», piensa Klaus. Por las ventanas mal cerradas se cuela una corriente de aire helado que le enfría los pies. Klaus se tapa hasta la coronilla, y se acurruca para dormir.

—Buenas noches, abuelo Konrad.

Entonces se escucha una risita que viene del otro lado de la habitación.

—Buenas noches, Klaus.

Un poco más fuerte, Klaus dice:

—Buenas noches, abuela Katrina.

La abuela Katrina se incorpora un poco en su cama:

—Buenas noches, Klaus.

Un minuto después, los tres están profundamente dormidos.





EL DUENDE VERDE

Klaus Nowak vive con sus
abuelos en una humilde
casa del Barrio Viejo.

Cuando cumple dieciséis
años y tiene que abandonar
la escuela, no le queda más
remedio que emplearse
como limpiador de alcanta-
rillas, un oficio que le pare-
ce sucio y vergonzoso.

Klaus cree que la mala suer-
te le persigue, pero lo que
aún no sabe es que bajo las
calles de la ciudad le espera
un mundo sorprendente y
misterioso que va a cambiar
su vida por completo.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 10 años

ISBN 978-84-667-7718-6



9 788466 777186

1571160

ANAYA